# FRANCIA Y ESPAÑA: LA UNIDAD Y LA DIVERSIDAD CULTURAL

José Jiménez

**Tras décadas de vivir mutuamente de espaldas, los universos culturales de España y Francia comienzan a vivir una nueva época de reconocimiento e interés recíproco, aunque todavía queden muchas cosas por hacer. Es verdad que, durante mucho tiempo, los franceses «miraban» hacia España con una cierta condescendencia: un país tradicionalista y *atrasado*, con el lastre, además, de los largos años de la dictadura franquista. Esa visión esquemática fue, poco a poco, transformándose gracias sobre todo a la tarea, que no ha recibido aún todo el reconocimiento que se merece, de los exiliados españoles en Francia, tanto los «políticos» como los «económicos», y de sus descendientes. Gracias, también, a «la ampliación» de lo hispánico propiciada por la expansión de la literatura latinoamericana en todo el mundo a partir de los años sesenta del siglo pasado. Y también, en último término, por «el nuevo dinamismo social y cultural» que se genera en España tras la muerte de Franco y el posterior ingreso en lo que hoy es la Unión Europea.**

En estos momentos se puede incluso decir que, hasta cierto punto, España «está de moda» en Francia. Un dato puramente objetivo es el interés por nuestra lengua, que ocupa el segundo lugar en las preferencias de los estudiantes en el sistema escolar francés, después del inglés, y ello a pesar de los pactos políticos entre los gobiernos de Francia y Alemania, que favorecen mucho más la elección del alemán. Junto a ello, yo situaría también como un factor relevante los cambios de opciones de gobierno, la alternancia política, que ha tenido lugar en España desde la instauración de la democracia, que transmite a nuestros vecinos la imagen de un país joven y no sometido al bloqueo de una clase política que tendiera a eternizarse en sus cargos y posiciones de poder, como ha sucedido en no pocas ocasiones en la historia de Europa en las últimas décadas.

Es verdad, no obstante, que en el terreno específicamente cultural existe un cierto «tópico» francés, probablemente «bienintencionado» y «progresista» que ha venido situando «lo mejor» de la cultura española en algunos nombres que son hoy, para todos nosotros, clásicos modernos, referencias imprescindibles, pero que pertenecen ya más a nuestra memoria y tradición más reciente que a nuestra actualidad. Me refiero a Federico García Lorca, en literatura; a Isaac Albéniz y Manuel de Falla, en música; a Luis Buñuel, en cine y, hasta cierto punto,




José Jiménez. © Xurxo Lobato.

a Antonio Saura, en pintura, o a Miguel de Unamuno, en el ámbito del pensamiento (y no, en cambio, a José Ortega y Gasset, cuya obra continúa siendo demasiado poco conocida en Francia).

Pero también es cierto que ese *tópico* va poco a poco rompiéndose, en la medida en que «la cultura de la democracia» española, del periodo que va desde la muerte de Franco a la actualidad, se va conociendo y haciéndose notar cada vez más. Desde un punto de vista general, creo que el factor más destacable es el conocimiento de los narradores españoles, cuyas obras se traducen con rapidez y circulan con normalidad en Francia, aunque, naturalmente, no deje de haber «desniveles» y una mayor presencia de unos u otros nombres. Junto a ello mencionaría, en cambio, un aspecto estrictamente individual: el gran aprecio, casi podría decirse «la pasión», que se siente en Francia por la obra de Pedro Almodóvar. Un síntoma que puede servir para valorar la medida de ese aprecio es la retrospectiva de sus películas y la exposición que la Cinemateca Francesa le ha dedicado, en su nueva sede parisina de Bercy, a partir del 5 de abril de 2006, la segunda exposición en esa nueva sede tras la de apertura, centrada en dos grandes *glorias* nacionales francesas: Renoir y Renoir, el gran pintor impresionista, Pierre-Auguste, y el gran director de cine, Jean, su hijo.



El director Pedro Almodóvar durante el rodaje de la película *Todo sobre mi madre*. © El Deseo, S. A.

Es una lástima, sin embargo, que esa «pasión» francesa por Almodóvar no se extienda, de forma proporcional, al resto de nuestro cine, que, de forma general, no alcanza el interés público y la difusión comercial, en las salas y demás soportes, que se merece. En este terreno, queda mucho por hacer. Y también en los ámbitos específicos de las artes plásticas, la música y el pensamiento, donde la falta de conocimiento en Francia de la notable riqueza de obras, propuestas y figuras que han ido apareciendo

en España en las tres últimas décadas es bastante considerable.

Desde el Instituto Cervantes de París intentamos contribuir a ese conocimiento, y reconocimiento, francés de la cultura de nuestra democracia, intentando configurar nuestro centro como «una plataforma de las culturas latinas», estructurada sobre un doble eje. Por un lado, «la latinidad europea», y el diálogo cultural España-Francia, en la perspectiva de la construcción cultural de Europa, abierto así hacia el futuro, pero remontándose en su origen a la Antigüedad Clásica, de donde provienen las instituciones políticas, sociales y culturales de nuestro mundo. Por otro, «la latinidad americana», a partir del diálogo con la comunidad latinoamericana de naciones, que vertebra la expansión universalista de lo hispánico en el mundo, y que permite a la vez que España pueda desempeñar un importante papel de puente entre Europa y América. Como debe ser, el Instituto Cervantes de París siente como propios a los grandes escritores, artistas y músicos de «nuestra» América, y un signo destacado de ese planteamiento es la dedicación de la Biblioteca de nuestro centro al gran escritor mexicano Octavio Paz, que tuvo lugar el 9 de junio de 2005, en un acto que contó con la intervención de destacadísimas figuras de la vida intelectual francesa, española y latinoamericana.

Aunque queda mucho por hacer, las perspectivas de futuro son excelentes. La celebración en 2005 del cuarto centenario de la publicación de la primera parte de *Don Quijote de la Mancha* ha alcanzado un eco notable en Francia. El escritor Pierre Assouline, por ejemplo, la ponía como modelo de acción cultural en un artículo publicado en *Le Monde 2*, el suplemento de fin de semana del diario, el 14 de enero de 2006.

Ese interés por nuestros clásicos se prolonga con la aparición de una nueva traducción de *La Celestina*, a cargo de Aline Schulman, autora también de otra magnífica y reciente traducción de *Don Quijote*. Publicado por Éditions Fayard, el libro fue presentado en nuestro centro el 28 de febrero de 2006, en un acto que contó con las intervenciones de Juan Goytisolo, autor del prólogo de la nueva traducción, el profesor de la Sorbona y especialista en la literatura medieval española Georges Martin y la propia Aline Schulman.

Pienso que, en estos momentos, sería también deseable una mayor atención de nuestras instituciones culturales hacia Francia y su cultura, que aparte del esplendor de su patrimonio, presenta actualmente una gran riqueza y dinamismo. Una Francia cada vez más pluralista en las líneas de desarrollo de su cultura, cada vez más «multiétnica» y abierta —son los signos de los tiempos— a procesos de fusión y mestizaje, tanto sociales como culturales. Quizás en los últimos tiempos desde España se ha atendido de un modo primordial a la cultura anglosajona, y en particular a Estados Unidos, lo que sin duda tiene bastante que ver con la hegemonía política, económica y cultural del gran país de América del Norte en esta era de la globalización.

La posición dominante en materia de políticas culturales tiende, en efecto, a situar la globalización cultural como correlato de la globalización económica y política, todo lo más corregida con lo que suele llamarse «multiculturalismo», que no es sino una forma de articulación «jerárquica» de las diferencias culturales en el marco de una estructura hegemónica. En efecto, a partir del final de la Segunda Guerra Mundial la estructura y los modelos internacionales de producción cultural han venido siendo siempre los mismos: Hollywood como espejo de vida, la «americanización» del mundo. Un proceso que explica la expansión continua, incesante, de la hegemonía cultural y comunicativa de Estados Unidos a escala planetaria.

La hegemonía económica, política y militar tiene su correlato en un proceso de «diseminación» de las pautas de cultura que constituyen la forma de vida americana (*american way of life*). Un proceso que se apoya, a la vez, en la superioridad y expansividad «tecnológica» y en las «férreas condiciones mercantiles» que estructuran «el consumo mundial de cultura». Es un fenómeno que tiende a convertir todo proceso de cultura en «imagen mediática», apta por su simplicidad estructural y su impregnación «aurática» (¡el glamur!) para su consumo por grandes masas de un extremo a otro del planeta. Un fenómeno que tuvo su primer y más intenso soporte en «el cine», y su continuidad y profundización posterior en «la televisión»: que hoy produce «para todo el planeta», por ejemplo, eso que se llama genéricamente «series», además de los canales de información global. Y todo ello sin olvidar a «la música pop», que a partir de los años sesenta del siglo anterior

propició la formación y desarrollo de amplias masas juveniles de consumo de modelos y pautas de comportamiento «uniformes», también prácticamente en todo el planeta. La última «vuelta de tuerca» es la explotación doméstica de los DVD: ninguna vivienda del planeta está al margen.

El «uniformismo cultural» es equivalente a la imposición mundial de la cultura del espectáculo como único registro, por un tipo de dinámica cultural en la que el conjunto de las relaciones sociales son sustituidas por la representación, por la imagen mediática, en el sentido puramente externo de apariencia, de aspecto... Todo es igual, donde quiera que estés. El resultado es un mundo «uniforme», algo que todos los imperios han tratado de configurar, de forma más o menos violenta.

No se trata, sin embargo, de propugnar frente al uniformismo el localismo, ni la fragmentación cultural. En un mundo donde vamos, irreversiblemente, hacia un proceso de globalización económica y política, el objetivo sería afirmar el valor de «la comunicación entre las culturas» en términos de igualdad, el valor de la capacidad de síntesis, de la voluntad de integración del otro. En ese sentido, la reivindicación de la diferencia, de la excepción cultural, supone llamar la atención sobre la pluralidad de las tradiciones culturales: «el» mundo, los escenarios de la vida humana, entraña una gran diversidad de situaciones, formas de representación simbólica y valores. Francia ha sido, en todo momento, muy sensible a estos aspectos, que constituyen uno de los ejes centrales de su política cultural. La unidad no puede imponerse desde una fuerza constrictiva (a través de procedimientos económicos, políticos o militares), sino sólo a través de vías de síntesis y diálogo que propicien la realización de «la unidad en la diversidad».

Afortunadamente, «los tiempos están cambiando», y sin tener que negar la vitalidad cultural de Estados Unidos, que siempre he admirado intensamente y sigo admirando hoy en día, España debe intervenir de un modo cada vez más activo en el proceso de construcción cultural de Europa, en la potenciación del peso y la visibilidad internacional de las culturas latinas en el mundo, y en el apoyo al desarrollo del pluralismo cultural frente a la tendencia al uniformismo. En la intensificación de la unidad cultural del planeta sobre el trasfondo del respeto a su diversidad de tradiciones de cultura. En todos esos factores, Francia es nuestro aliado natural y su cultura, un gran espejo de enriquecimiento, de contraste y diálogo, muy próximo y distinto a la vez. ■

**José Jiménez** es catedrático de Estética de la Universidad Autónoma de Madrid y director del Instituto Cervantes de París.